

Lxs antropólogxs no(s) moriremos de hambre

REYGADAS, LUIS. 2019. *ANTROPÓLOG@S DEL MILENIO. DESIGUALDAD, PRECARIZACIÓN Y HETEROGENEIDAD EN LAS CONDICIONES LABORALES DE LA ANTROPOLOGÍA EN MÉXICO*. MÉXICO: INAH/UAM-I/CIESAS/UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA/CEAS.

Fernando Isaac Sanchez Carballido*
Universidad Autónoma Metropolitana,
Unidad Iztapalapa

En aquella lejana era prepandémica, en el año 2019, surgió un meme que se viralizó: un pollo amarillo que golpeaba una mesa y exclamaba: “se tenía que decir y se dijo”. Ese año también se publicó este libro, que posee el mismo espíritu: se tenía que decir y se dijo. Además, coincide con la especialidad del autor: la antropología económica y del trabajo, en el marco del capitalismo actual. En 295 páginas, Luis Reygadas nos dice: falta un campo laboral digno para la antropología y hay que impulsarlo. Este problema no es exclusivo de la antropología, sino que afecta a prácticamente todas las áreas del conocimiento. Esto no es algo que no se sepa. Por el contrario, es de las mayores preocupaciones de lxs antropólogxs que nos graduamos en el nuevo milenio (de ahí el título de Reygadas). Por ello, debemos abordar el tema

sistemáticamente, enfatizando las particularidades del campo laboral antropológico.

El libro es claro y está bien sustentado. Paradójicamente, es difícil de leer y el propio autor lo reconoce. Su abundante uso de datos cuantitativos, tablas y estadísticas convierten su obra en un texto árido. Incluso, en la introducción, Reygadas sugiere a su público que brinque directamente a las conclusiones, que son más amenas: éstas condensan de manera sencilla y concisa los puntos centrales de su discusión. Ahora, si lxs lectorxs desean entender cómo es que el autor llegó a dichas conclusiones, pueden recorrer los cinco capítulos previos.

Para su análisis, Reygadas utilizó investigaciones históricas sobre el avance de la enseñanza y la labor antropológica en México y también se valió de datos

*ferisaac-sanchez@hotmail.com

estadísticos. Es en estos últimos en los que se apoya principalmente para sustentar sus argumentos. Obtuvo los datos estadísticos de dos instrumentos: el *Catálogo histórico de tesis de Antropología Social realizadas en México* y la *Encuesta sobre la práctica profesional y las condiciones de trabajo de los antropólogos en México*.

El primero consta de una base de datos que conformó la Red Mexicana de Instituciones de Formación en Antropología (Red MIFA). De ésta, el autor incluyó las tesis en Antropología de 1945 a 2016; pese a que la Red MIFA actualiza sus datos anualmente. La *Encuesta sobre la práctica profesional...* fue aplicada en 2016 por miembros del Colegio de Etnólogos y Antropólogos Sociales, A. C. (CEAS). Sus resultados diagnosticaron el campo laboral y la situación general de lxs antropólogxs en el país.

Adelantándose a las críticas, el autor puntualiza cinco elementos a tener en consideración sobre ambos instrumentos. Sobre el catálogo, apunta que éste no recoge información de todos los programas de antropología y afines en México (aunque casi). A lo anterior se suma que hay silencios en ciertos años. Por su parte, la encuesta contiene más flaquezas importantes: primero, sólo 615 personas la respondieron, esto es, nueve por ciento del total de antropólogxs en México al momento de elaborarla; segundo, es altamente probable que

muchos de lxs participantes de la encuesta sean cercanos o pertenezcan al CEAS; tercero, el que esta encuesta haya sido aplicada digitalmente excluye a aquellas personas sin acceso a Internet. Todo esto implica un sesgo que es imposible pasar por alto. Por tanto, es difícil asegurar que la encuesta es realmente representativa, y Reygadas lo sabe:

Es probable que estén sobrerrepresentados quienes trabajan en instituciones académicas o se encuentran cercanos a las redes de estas, mientras que es probable que estén subrepresentados quienes trabajan en otros sectores (privado, público, organizaciones de la sociedad civil, trabajadores independientes) y los que viven en entidades federativas en las que hay pocos antropólogos. (Reygadas 2019, 72)

Cito lo anterior porque la “subrepresentación” de personas que ejercen la antropología fuera de la academia no es un asunto menor. Si se condujera un estudio más profundo, los resultados tal vez no serían tan desoladores como los que presenta el texto. Puede que, en realidad, haya más ofertas laborales disponibles para lxs antropólogxs. Pero, por lo que dice el autor, nunca llegó la encuesta a las personas adecuadas. Así pues, no queda más que trabajar con la información disponible, aunque debamos tomar con pinzas los resultados.

En su primer capítulo, y tomando en cuenta lo anterior, Reygadas explora lo

que él llama “la crisis del éxito” de la antropología. Durante décadas, la cantidad de antropólogos egresados desde que la disciplina se profesionalizó en México creció. Pero dicho aumento no se acompañó de una ampliación proporcional en la oferta laboral. Así, podemos concluir que hay una sobreoferta de mano de obra.

Del capítulo segundo al cuarto, Reygadas ahonda en el estado del mercado laboral y las características sociodemográficas de lxs antropólogos. Para ello, utiliza una visión interseccional que incluye las diferencias por edad, clase y género. Asimismo, contempla los antecedentes escolares familiares y el lugar de nacimiento. Todo esto lo entrecruza con las condiciones laborales nacionales y los cambios experimentados a lo largo de las últimas ocho décadas. Con base en esta información, concluye con lo que es un conocido lugar común: quienes nacen en familias privilegiadas o gozan de privilegios suelen mantenerlos a lo largo de sus vidas profesionales.

En el quinto capítulo, el autor presenta propuestas para mejorar la precaria situación que enfrentamos lxs antropólogos. Éste es, a mi parecer, el capítulo más significativo de la obra después de las conclusiones. Las propuestas fueron emitidas por quienes respondieron a la encuesta, y a ellas se agregan dos del autor. Entre las propuestas que quiero destacar están: el

que, como estudiantes, recibamos una mayor formación hacia la antropología práctica. En este sentido, Reygadas critica que aún hoy veamos con recelo a la antropología aplicada por su pasado colonial e integracionista. También llama a que se nos informe ampliamente sobre qué hacer fuera del ámbito académico. Ambas carencias son grandes problemas formativos que urge atender. Si, durante nuestros estudios, nadie nos muestra qué hay afuera de la academia y cómo llegar ahí, ¿cómo se espera que lo consideremos como una opción laboral? Ejemplo de ello es la gran cantidad de organizaciones civiles, consultorías y colectivos independientes que se beneficiarían mucho de tener un antropólogo entre sus filas. De hecho, ésta es una salida laboral común en el resto de América Latina.

Otro punto en el que me quiero detener —que, si bien no se desarrolla de manera profunda, sí se sugiere como parte de la necesidad de agrandar nuestro campo laboral— es: trabajar en la industria privada. Así como en otros textos suyos, Reygadas provoca con su visión del punto medio y su llamado a combatir estigmas y tabúes. ¿Qué causa más escozor dentro de la antropología que abrirle la puerta a uno de los temas que más rechazamos en el gremio? El autor nos exhorta a dejar de lado los prejuicios que hay en torno a trabajar en instituciones privadas o de gobierno. Para él, insertarse en estos espacios no significa

tirar por la borda la ética, la visión crítica y el profesionalismo. Si la antropología aplicada se ha convertido en un demonio, es porque la hemos dejado crecer a su suerte al abandonarla.

El autor reconoce que esta idea causa rechazo y que éste proviene de un *ethos* que desarrollamos como parte del proceso de aprendizaje. Y, efectivamente, no puedo evitar preguntarme: ¿qué papel tendría un antropólogo en una estructura construida enteramente alrededor del lucro? ¿Realmente hay una manera ética de trabajar en una empresa así? El autor cita a un entrevistado (Reygadas 2019, 228) que sugiere que nuestro papel podría estar en limitar el daño que estos entes causan al actuar sin ningún tipo de freno. Su visión, mezcla de cinismo y resignación, sólo aumenta mi incomodidad. Por su parte, Reygadas (2019) propone que:

Hay muchas áreas en las que los antropólogos podrían hacer importantes contribuciones: desarrollo económico, estudios políticos, medios de comunicación, nuevas tecnologías, nuevas formas de organización del trabajo, turismo, medio ambiente, industrias del entretenimiento y cultura digital, por mencionar algunas. Es indispensable explorar nuevos ámbitos para el ejercicio profesional de la antropología. (245)

Si bien coincido con el campo de posibilidad que ofrecen estos temas, no puedo omitir que el conocimiento que producimos es sumamente peligroso en manos equivocadas. La historia lo demuestra.¹

Sus conclusiones, tal como lo adelanta en la introducción, sintetizan el libro de manera sencilla. En treinta y cinco cuartillas expone sus principales hallazgos y propuestas de forma clara y concisa. Esto otorga a quien las lea una visión rápida de la difícil situación de la antropología en el país, sus causas y posibles salidas ante el atolladero. Como antropólogo, coincido con mucho de lo que el autor plasmó, y sé que no seré el único. Esto deja ver que, al interior de la disciplina, intuimos cómo cambiar nuestra situación y reconocemos la urgencia de hacerlo.

Así es como este libro cierra con un sabor agri dulce a optimismo ingenuo. Optimista porque nos recalca que existen opciones; que quienes decidimos dedicarnos a esta bella ciencia tenemos salidas laborales, sólo hay que pensar fuera de la caja y repensar, desde sus cimientos, el campo laboral de la antropología. Aunque habrá que valorar

¹ Por poner un ejemplo reciente, está el manual de contrainsurgencia “FM 3-2.4”, publicado en 2006 por el ejército de Estados Unidos, que se escribió recuperando algunas de las experiencias en la guerra de Irak y de Afganistán. Este manual cuenta con un capítulo entero, escrito con base en conocimientos antropológicos, donde se explica que entender la cultura de la población es clave para derrotar grupos guerrilleros e insurgentes. Asimismo, se dan rutas de acción para tener equipos especializados de personas expertas y asesores culturales, que permitan comprender la perspectiva de la gente y usar ese conocimiento en el diseño de estrategias de guerra.

dos veces si realmente queremos abrir algunas de las puertas que se nos presentan. Esto se enlaza con lo que considero ingenuo: es más fácil decir que hacer. Las propuestas que presenta implican un cambio estructural más allá del gremio. Apuntan a reestructurar las dinámicas laborales nacionales de manera profunda e, incluso, los fundamentos ideológicos que sostienen el sistema neoliberal del siglo XXI. Será que, más que optimista ingenuo, el libro es idealista. La línea es fina.

Todo lo que nos cuenta Reygadas ya lo sabíamos de manera empírica. Su aporte es que lo sistematizó en este libro dirigido hacia lxs antropólogxs, por lo que está pensado para leerse principalmente dentro del gremio. Nos presenta un punto de partida para la reflexión y, sobre todo, para la acción. Siembra una extraña sensación de (des)esperanza digna de la antropología: se debe y se puede hacer algo, pero ese *algo* es una misión titánica. Pero por algún lado tenemos que empezar, y este libro es parte de esos esfuerzos.

LUIS REYGADAS

ANTROPÓLOG@S DEL MILENIO



*Desigualdad,
precarización y
heterogeneidad
en las condiciones
laborales de la
antropología en México*